

ESFINGES Y PANTERAS: DIFERENCIA E IDEOLOGÍA. HACIA UN ANÁLISIS SOCIOCRÍTICO DE LA APUESTA ESPECULAR

Michèle Soriano

Centre d'Études et de Recherches Sociocritiques,
Montpellier, Francia

En la década de 1970 comentaba Ernesto Laclau:

El abandono de la caverna platónica del reduccionismo de clase exige, actualmente, una creciente formalización teórica de las categorías marxistas, que rompa a la vez con las articulaciones connotativas del discurso político y con la postulación de relaciones paradigmáticas entre los conceptos¹.

Desde otra perspectiva, y en esa misma década, Luce Irigaray insistía en la necesidad de analizar la *apuesta especular* del discurso y anunciaba una crítica de la economía política que, elaborada desde una situación de opresión específica, no podría ahorrarse una crítica del discurso en el cual esa economía se realiza y, particularmente, una crítica de los presupuestos metafísicos del discurso, para que se interpretara "de manera distinta el impacto de la economía del discurso en el análisis de las relaciones de producción"².

1. Ernesto Laclau, *Política e ideología en la teoría marxista* [1a. ed. en inglés, 1977] (Madrid: Siglo XXI, 1978) 7.
2. Luce Irigaray, *Ce sexe qui n'en est pas un* (Minuit, 1977) 77 y 81.

Los tres textos que voy a estudiar se publicaron también en la década de 1970, y transcriben, aunque en otra dimensión discursiva, esta crisis a la cual se refieren los teóricos que acabo de mencionar.

En el curso de estos últimos años, quizás se haya vuelto todavía más urgente el desarrollo de críticas diferenciales que pudieran asumir la emergencia de nuevas contradicciones. En ese contexto, la sociocrítica se encuentra ante un reto propiamente determinante, y los que trabajamos en este marco teórico y consideramos, como lo apunta Edmond Cros, que "la semiótica de lo ideológico constituye la clave de la estrategia sociocrítica"³, debemos, tal vez, reorganizar nuestra práctica en relación con lo que, en la sacralización mediática de la guerra del Golfo, se llamó "el Nuevo Orden Mundial".

Obviamente se expresan "nuevas" contradicciones que lo ideológico, entendido en una perspectiva estrecha de lucha de clase, no abarca o desplaza. Mientras no objetivemos las condiciones de producción de nuestra práctica, limitamos el campo de los análisis que esta elabora y desconocemos algunas apuestas sociohistóricas, por ubicarnos en una objetividad científica cuyos presupuestos se mantienen silenciados.

Este preámbulo parecerá sin duda prescindible a quienes hicieron ya el recorrido que intenté esbozar. Necesitaba, por mi parte, explicitar lo que invierto en un acercamiento sociocrítico a la representación de la diferencia.

La diferencia ha sido sistemáticamente pensada desde las pautas de la economía de lo idéntico y representada mediante estructuras de oposición o de complementariedad. Estas estructuras, al invertirse en la representación de la diferencia, sexual o racial, convierten esta noción en una apuesta simbólica tanto más densa cuanto menos perceptible que permanece infinitamente ilegible, por cancelarse en unos significantes del antagonismo o de la idealización.

3. Edmond Cros, *De l'engendrement des formes* (Montpellier: CERS, Etudes Sociocritiques, 1990) 27.

No se trataría de medir, revelar, valorar el contenido auténtico de la diferencia (eso sería, tal vez, regresar hacia la trampa de una postura esencialista), sino que importaría cuestionar las prácticas discursivas que sobredeterminan sus representaciones.

Por una parte, en esta comunicación, intentaré evidenciar algunos elementos preconstruidos que proceden de fenómenos de tiempo largo; por otra, quiero analizar la especificidad de las inversiones que realiza un contexto histórico determinado. Para rematerializar estas apuestas especulares limitaré mi campo de investigación a la formación discursiva argentina de los años 70.

Coincidencia

Les propongo dilucidar una coincidencia que coloca en un mismo proceso especular dos novelas y un cuento argentinos publicados en este mismo período. Esa coincidencia remite a la imagen de la Esfinge que, en 1845, Sarmiento identificara con Rosas. Esta reinversión en el texto emblemático del nacionalismo liberal condensa, por lo tanto, en un mismo motivo, las apuestas especulares del discurso de los orígenes del estado liberal, y del discurso nacionalista contemporáneo, que promueve el psicoanálisis del *ser nacional*.

Algunas muestras de la materia prima de esa coincidencia pueden ya dibujarles los rasgos primitivos, "esenciales" de esa representación abyecta del cuerpo-otro sobre la cual se proyecta la legitimidad del sujeto de la enunciación, del sujeto de la historia.

Primer texto

aquella mujer tenía infinitamente más edad que los veintitantos de su cuerpo: experiencia proveniente de alguna serpiente gata prehistórica (...) se advertía algo que no se aprende y todos los negros tienen: se movía con lentitud, con un ritmo que precisamente recordaba al de los negros, aunque nada en su cara ni en

su piel permitía suponerlo (...) Así comenzó el hundimiento en una ciénaga fosforescente con aquella sigilosa pantera negra⁴.

Cabe notar la agramaticalidad del pronombre *lo* ("nada permitía suponerlo") que no sustituye a ningún elemento preexistente en la secuencia y que apunta hacia un interdicción, una negación no-consciente.

Segundo texto

Y la leyenda es que la raza de las mujeres pantera no se acabó, y están escondidas en algún lugar del mundo, y parecen mujeres normales, pero si un hombre las besa se pueden transformar en una bestia salvaje.

—¿Y ella es una mujer pantera?⁵

Podemos desde ahora observar dos elementos comunes, además de la animalidad: la noción de raza y la dimensión a-, o pre-histórica del objeto representado.

Tercer texto

Casi no había mirado a la chica mulata. Ahora le sospechaba la mata de pelo encrespado bajo la capucha (...) la llama brotó en el aire estancado de la pieza dibujando el cuerpo apenas menos negro que la oscuridad, un brillo de ojos y de uñas (...) su otra mano se cerró sobre la garganta de Dina como si apretara un guante o el cuello de un gatito negro, la quemazón le desgarró la mejilla, rozándole un ojo⁶.

4. Ernesto Sábato, *Abaddón el exterminador* (Barcelona: Seix Barral, 1985) 375- 378.

5. Manuel Puig, *El beso de la mujer araña* (Barcelona: Seix Barral, 1981) 19.

6. Julio Cortázar, «Cuello de gatito negro», en *Los relatos, 2: Juegos* (Madrid: Alianza, 1976) 63, 72 y 74.

Aquí se ejemplifica otro punto común, la ceguera del sujeto.

Ya identificaron, sin duda, sucesivamente, un pasaje de *Abaddón el exterminador* de Ernesto Sábato (1974); un diálogo entre Molina y Valentín en *El beso de la mujer araña* de Manuel Puig (1976); y algunas líneas del cuento de Julio Cortázar titulado «Cuello de gatito negro».

En estos tres relatos la representación de la diferencia sexual, a la cual se superpone la diferencia racial, es una apuesta simbólica fundamental, ya que participa de los procesos de producción de sentido.

Esquematicemos las secuencias diegéticas: un hombre, sujeto del enunciado, conoce a una mujer que no es lo que parece ser. Su relación se abre con una transgresión e implica una regresión hacia el caos original. El orden se restablece después del sacrificio de la monstruosa criatura. La experiencia se transforma, para el sujeto masculino, en una iniciación por la cual la ceguera abre paso a una clarividente lucidez. Notemos el parecido con las secuencias del mito de Edipo.

No describiré aquí el funcionamiento detallado de los sistemas semióticos que me permitieron organizar este estudio. Sin embargo, es necesario mencionar algunos elementos para concretar los ejes de mi interpretación.

En primer lugar, se observa, en cada texto, una marcada concentración de signos que remiten a fenómenos visuales y que articulan la oposición *ocultar vs. revelar*. Campos lexicales, situaciones, duplicación de la mirada, desdoblamientos, dicotomía luz/tinieblas, se añaden al nivel anecdótico para confirmar este sistema. De noche la mujer se metamorfosea, o mejor dicho revela su verdadera identidad monstruosa.

Por otra parte, cada texto insiste en la invasión de un mundo extraño. La recurrencia de la palabra "otro", así como la de misteriosos signos y augurios, señalan a la vez alteración y transgresión, trastornos acentuados por la proliferación de animales metafóricos y reales. En la oposición *integridad vs. alteridad* se inscriben los paradigmas

integración racional-espíritu-pájaro-hombre vs. disgregación sensual-instinto-pantera-mujer.

División

Unos quisieran reconocer paradigmas universales: esa pseudo-natural división antropológica de la cual tratamos de desprendernos. Para desembragar este antropocentrismo necesitamos acudir a otra oposición: en «Cuello de gatito negro» el protagonista Lucho, individuo distinguido y esteta, se destaca sobre la masa indiscriminada que lo rodea: "montones de manos y codos", "tantos cuerpos apelmazados", "tantas ventanas de tantos altos inmuebles iguales". Desde su eminencia viril, contando los preciosos minutos dedicados al desahogo de sus pulsiones sexuales, deja caer esa sentencia: "vulgar, desde luego, y además habría que apurarse porque sólo quedaban tres estaciones".

En esta división sexual, que parece fundamentar la distinción, tenemos que leer también la división social. Dice Pierre Bourdieu:

Se podría mostrar que la socialización tiende a constituir el cuerpo como operador analógico instaurando varias clases de equivalencias prácticas entre las distintas divisiones del mundo social (...) Y ello, integrando en un mismo lenguaje corporal la simbólica de la dominación y de la sumisión social y la simbólica de la dominación y de la sumisión sexual⁷.

Ahora bien, el Edipo es el texto fundador de nuestra moderna división sexual del trabajo o de la supuestamente eterna división del trabajo sexual, una y otra presumiendo reproducir la más "profunda" realidad biológica.

7. Pierre Bourdieu, *La distinción* (Minuit, 1979) 553. La traducción es mía.

Ahí es donde cobra sentido la representación de una inversión transgresiva, relacionada con la oposición *activo vs. pasivo*, cuya apuesta especular quisiera explicitar.

Empecemos por la más obvia. En «Cuello de gatito negro» el protagonista, Lucho, se enfrenta con su alter ego femenino, Dina, quien por primera vez cambia los papeles. Comparten ambos el mismo comportamiento obsesivo que los impulsa a buscar las manos ajenas en la barras de apoyo del metro para cabalgarlas. Sin embargo, que lo haga Dina, a Lucho le parece "un desvío de la regla", recalcado por la recurrencia de signos que connotan la transgresión. Lo que, para uno, procedía del más elemental y divertido donjuanismo, para otra resulta ser el síntoma de una trágica ninfomanía asesina. Por lo tanto, después de tomar la iniciativa, primero Dina piensa en automutilarse y, por fin, sufre el encierro en un manicomio.

De modo semejante, en *Abaddón*, por medio de la mirada de *voyeur* de Bruno, alter ego pasivo del narrador-protagonista Sábato, descubrimos la descripción detallada de un monstruoso coito en el cual los papeles, los espacios, los paradigmas están invertidos.

Bruno intuyó que una misteriosa sustancia había caído en el fondo de las aguas profundas de su amigo y, desde allá abajo, mientras se disolvía, desprendía miasmas que seguramente llegaban hasta su consciencia⁸.

En la novela de Puig, la transgresión de la mujer pantera, que se casa a pesar de la maldición que se lo prohíbe, se reproduce en distintos niveles, hasta volverse casi una ley. Irena no deja de transgredir las normas. Otras transgresiones serían el injerto del relato de una película que sustituye a la novela que lo integra, o la inversión transgresiva de Molina, quien, doble de la mujer pantera, condenado él también a no experimentar sino un coito perverso, se vuelve, desde la luz de las notas en pie de página, un revolucionario, imagen inversa de Valentín.

8. Sábato, *Abaddón*, 375.

Esa proliferación especular se observa muy bien en la *mise en abyme* hermenéutica que caracteriza los tres relatos, es decir, que cada texto propone y exhibe su propio comentario, cada uno explicita las claves de su hermenéutica, reflejando infinitamente una imagen que quisiera integral. El narrador protagonista Sábato hasta llama la que está escribiendo una "novela *total*" o novela "a la segunda potencia".

En esta dinámica que define la oposición *integración/alteración*, híbrida, monstruosa, transgresiva, la mujer aparece entonces marcada por el signo del chivo expiatorio. Pero no se trata aquí de interpretar esos fenómenos, que producen víctimas expiatorias, como procesos sociológicos ineludibles, universales, trans-históricos, sino de denunciar, objetivar los resortes simbólicos que impelen esta mecánica implacable.

La mujer parece ser, como lo demostró Luce Irigaray, el espejo universal⁹, es decir, el mejor o peor objeto de la representación del sujeto. Así se eluden los antagonismos de las relaciones de producción, y se garantiza la reproducción social, enunciándola en términos de representación, desde instituciones y prácticas sociales que oficializan y legitiman la fe en sus normas universales y ahistóricas, teológicas y/o científicas.

No obstante, a fines del siglo XIX y principios del XX, las mujeres dejaron de funcionar como espejo vacío y abierto a las especulaciones del maestro o amo, reivindicaron su estatuto de agente, mientras la oquedad de su cuerpo-otro empezó a representar el conjunto de los grupos subordinados, de las masas en rebelión. El psicoanálisis y la filosofía se encargaron de domar esta invasión del cuerpo social, de curar la histeria de las masas.

Desdoblamiento e inversión traducen, por lo tanto, el "simulacro" de sujeto que la masa pretende representar. El poder popular se encuentra así desacreditado, carente de legitimidad, inauténtico y sobre todo inorgánico: trastorna la jerarquía natural y engendra el caos.

9. Luce Irigaray, *Spéculum, de l'autre femme* (Minuit, 1974).

De ahí que, si queremos sintetizar lo que acabamos de considerar, registramos:

1. las oposiciones ocultar vs. revelar, integración vs. alteración, activo vs. pasivo, como estructuras generadoras de sentido;
2. la inversión simbólica de esas oposiciones en los paradigmas que oponen sujeto-masculino y objeto-femenino; inversión en la cual reconocemos los presupuestos del discurso psicoanalítico y de la dialéctica del amo y del esclavo de la filosofía existencialista;
3. el cuestionamiento de esos presupuestos por unas prácticas transgresivas, en las cuales la iniciativa de la enunciación o de la agresión es reapropiada por una instancia tradicionalmente subalterna, que niega el monopolio de la actividad sexual.

Inversiones

Necesitamos ahora valorar el crédito que la sociedad argentina de los años 70 invierte en esta apuesta especular. Se trataría de descifrarlo mediante los rasgos que se proyectan como criterios de distinción, o, especularmente, en negativo, como signos de no-valor.

Primero la *animalidad*. Infrahumana por antonomasia, connota el marco evolucionista de un biologismo positivista siempre implícito —véanse los estudios de O. Terán¹⁰—, nunca totalmente superado, y cuanto menos tanto que se trata aquí de desacreditar en una misma bestialidad a la mujer, a las masas y a los negros, desde la condensación fantasmática que constituye la pantera negra: bestia apocalíptica, simulacro de mesías, predestinación fatal de la esfinge sobre la cual volveremos.

Señalemos, en cambio, que en aquel entonces "panteras negras" se llamaba el más famoso grupo revolucionario norteamericano,

10. O. Terán, *Positivismo y nación en la Argentina* (Buenos Aires: Puntosur, 1987) y *En busca de la ideología argentina* (Buenos Aires: Catálogos, 1986).

perseguido y físicamente aniquilado por sus posiciones, condenadas como eminentemente transgresivas.

El segundo rasgo del retrato se empeña en negar esa dimensión histórica: los tres textos insisten en la *trans-historicidad* del monstruo, serpiente-gato prehistórica, raza de leyenda, rechazo en el cerco cíclico del eterno femenino, que excluye lo otro de la historia y de la humanidad en tanto agente de la historia.

No obstante vuelve la dimensión sociohistórica mediante una denegación deslumbrante: *lo negro*, tercer rasgo diferencial, confiesa una genealogía perdida que, desde Rosas hasta Perón, descalifica los movimientos populares argentinos. Lo negro simboliza esa herencia mestiza, que el discurso nacionalista liberal reprime, cuando no la identifica con "el pecado original" responsable de las cíclicas crisis políticas, y ello, desde sus textos fundacionales. El *Facundo* de Sarmiento, *El matadero* de Echeverría, *Amalia* de Mármol, representan a esa "chusma" que, según Ezequiel Martínez Estrada, protagoniza periódicamente el "Complejo Rosas". Recordemos que en 1973, las llamadas "cabecitas negras" peronistas, otorgaron al movimiento popular una inmensa mayoría en las elecciones democráticas.

En la Argentina de las décadas de 1960 y 1970 el grupo dominante sufre una profunda crisis de legitimidad que se materializa en una radicalización aguda de los conflictos sociales. Las estructuras representativas tradicionales experimentan todas un cuestionamiento intenso, articulado por las bases, que las socavan y disgregan.

En el ámbito de las representaciones ideológicas de los agentes podemos traducir esa crisis de legitimidad como el fracaso de la capacidad integradora del sujeto democrático-liberal, cuya imagen, internamente descompuesta, no suscita identificación alguna. Por otra parte, con la producción de esa imagen, debemos relacionar, el tópico del escritor como conciencia nacional, según los estudios de Hernán Vidal y David Viñas¹¹, que señalan ambos los límites ideológicos de esta postura.

11. Hernán Vidal, *Literatura hispanoamericana e ideología liberal: surgimiento y crisis* (Buenos Aires: Hispanoamericana, 1976); David Viñas, *De Sarmiento a Cortázar: literatura argentina y realidad política* (Buenos Aires: Siglo Veinte, 1971).

Frente a esa crisis de representatividad, provocada por la emergencia de prácticas discursivas inauditas —entre las cuales el testimonio, la autobiografía, como la que publicó Ángela Davis en 1974—, frente a esas prácticas articuladas por grupos revolucionarios, se generan especulaciones *en abyme*.

Dicho de otro modo, se desplazan las contradicciones sociohistóricas sobre la representación especular de la diferencia, en la cual, tautológicamente, la legitimidad del sujeto se retroproyecta desde la imagen negativa del cuerpo-otro, de sus carencias, de su ausencia de legitimidad. Masa anónima, anómica, bestia, carencia y abyección articuladas por cierto regreso hacia la materia prima, cierta reconquista del continente oscuro, que suponen una nueva fase del despojo, una nueva acumulación de capital simbólico a costa de lo otro.

Sería preciso matizar nuestro análisis y ponderar brevemente la especificidad de las inversiones realizadas por cada texto. En *Abaddón el exterminador*, Edipo, sujeto del enunciado y de la enunciación, reinvierte la transgresión en el mito cristiano de la caída original. La mujer es el medium de la secta de los Ciegos que reúne, en una misma organización oculta, a Hitler, Rosas, Perón y el Anticristo. Las contradicciones se neutralizan al entrar en una recodificación mesiánica, discurso que caracteriza tanto a las Fuerzas Armadas como al grupo guerrillero Montoneros. El orden puede reinstaurarse en la no-contradicción de una definición definitiva, contienda trascendente entre el bien y el mal, legitimación guerrera, apocalíptica, exterminadora.

En «Cuello de gatito negro», Edipo se salva del cuestionamiento que lo desnudó al proyectarse sobre la imagen de un Don Juan decadente, en busca de una transcendencia estético-metafísica, más allá del absurdo, remitiendo al Sísifo de Camus. La contradicción se resuelve en un post-moderno *non sens*, el sentido se posterga, se dilata infinitamente, mientras que lo otro se rechaza en el *no ha lugar* de la locura. La recodificación estético-existencialista disgregó el conflicto al reinterpretarlo en la disyuntiva: ser el amo o el esclavo de sus pulsiones. Ya que, dice Cortázar, el problema sigue siendo...

un problema metafísico, un desgarramiento continuo entre el monstruoso error de ser lo que somos como individuos y como pueblos en este siglo, y la entrevisión de un futuro en el que la sociedad humana culminaría por fin en ese arquetipo del que el socialismo da una visión práctica y la poesía una visión espiritual. (...) le exijo (...) [al escritor] que sea *testigo* de su tiempo como lo querían Martínez Estrada y Camus¹².

Ernesto Sábato también se identifica como "gran testigo de su tiempo", lo cual no deja de apuntar hacia una nueva legitimidad literaria que ambos reapropian dentro del marco del existencialismo.

En cambio, en *El beso de la mujer araña*, Edipo se exhibe, el marco psicoanalítico se objetiva y se cuestiona, múltiples enunciaciones ajenas, otras, extrañas, invisten la escena de la cura, la denuncian como escenario represivo. Al contraponer las fantasías cinematográficas de Molina, el dogmatismo revolucionario de Valentín y las largas notas en pie de página, el texto deconstruye la teoría psicoanalítica, desde una postura característica de la cultura de los años 60, articulada alrededor de las obras de Marcuse:

Esa sería la base de la acusación que representantes de las nuevas tendencias psiquiátricas formulan a los psicoanalistas ortodoxos freudianos, acusación según la cual, estos últimos habrían buscado —con una impunidad que se agrietó notablemente a fines de los años 60— que sus pacientes asumiesen todo conflicto personal para facilitarles la adaptación en la sociedad represiva en que vivían, no para que advirtieran la necesidad de cambiar dicha sociedad¹³.

12. Julio Cortázar, carta publicada por *Casa de las Américas* (La Habana), 1967 y reproducida en Julio Cortázar, *Textos políticos* (Barcelona: Plaza y Janés, 1985) 40-42.

13. Puig, 171-172.

Estas referencias a Marcuse en el texto de Puig ponen en evidencia la carga sociohistórica del motivo estudiado, núcleo de la apuesta especular que se encuentra en la encrucijada de varios discursos y prácticas sociales.

Panteras negras transcribe tanto la reivindicación de un activismo político revolucionario, relacionado con las prácticas de la Juventud Peronista, y los grupos de guerrilla urbana, como la proyección de la no-legitimidad del poder popular sobre la imagen de la Esfinge, que integra la oposición activo vs pasivo en el discurso liberal fundacional. De hecho, el modelo ideológico que instauraron las FF.AA. en 1976, fue el programa tradicional de la gran burguesía agraria¹⁴, que articulaba la especialización agropecuaria de la economía argentina con la prepotencia patriarcal de las llamadas "minorías activas", "los mejores hombres que tenga el país"¹⁵.

Para concluir, sólo quisiera volver a recalcar hasta qué punto es necesario extender el campo de lo ideológico, analizar los presupuestos más elementales de nuestras prácticas discursivas, es decir, objetivar nuestra propia producción, para descentrar el sujeto y alcanzar así la dimensión sociohistórica de las apuestas especulares del discurso. La sociocrítica nos proporciona los medios para identificar las mediaciones que organizan el discurso, y operar estas sucesivas objetivaciones.

Ultimo ejemplo de di-visión:

En octubre 1993, mientras la madres siguen invadiendo, cada semana, el espacio del poder, mientras ocupan la Plaza de Mayo para denunciar lo que llaman "el plan Cavallo-Menem o Menem-Cavallo"¹⁶,

14. Ricardo Sidicaro, «Poder y crisis de la gran burguesía agraria», en A. Rouquié, comp., *Argentina, hoy* (Buenos Aires: Siglo XXI, 1982).

15. Expresiones empleadas por "La Hora del Pueblo", convocatoria al Gran Acuerdo Nacional, que analiza Mónica Peralta Ramos: "Se trata de encontrar una solución política ante la pérdida de fe de la ciudadanía en el poder reinante, una solución que anteponga a la lucha sectorial la defensa del interés general: el interés supremo de la patria. La conciliación nacional consiste justamente en eso: el ocultamiento de la lucha de clase restituyendo la legitimidad de la dominación", *Acumulación del capital y crisis política en Argentina: 1930-1974* (México: Siglo XXI, 1978) 231.

16. «Documentaire de Daniele Incalcaterra», *Terre d'Avellaneda*, difundido sur arte (30-10-93).

el periódico *Le Monde diplomatique* patrocina un Coloquio en Córdoba dedicado al tema: "América Latina y el Nuevo Orden Mundial" y reproduce un texto del filósofo Leon Rozitchner, publicado en *Página 30 de septiembre*, que analiza y lamenta la relación de dependencia que mantiene el pueblo con el "dominador"¹⁷.

17. *Le Monde diplomatique*, 475 (octubre 1993) 22.